



Intentaba sonreír cuando, el pasado 2 de agosto, se asomó al balcón de su residencia veraniega de Castelgandolfo en su última audiencia semanal.

Yo le oí, durante ese II Congreso Mundial de Apostolado Secular en Roma, defender públicamente a un Maritain cuya filosofía social y política estaba a punto de ser condenada por monseñor Ottaviani y sus seguidores de arriba y de abajo, que manejaban entonces el temido Santo Oficio.

Yo le escuché durante el Concilio Vaticano II criticar valientemente la "bonhomie" de Juan XXIII, que había lanzado la nave de la Iglesia por las agitados aguas de este inesperado Concilio —bien visto por Montini en su idea básica—, pero que no sabía manejar el Papa Roncalli.

Y le leía con satisfacción, cuando un año después de haber sido nombrado Papa publicaba su excelente encíclica "Ecclesiam Suam", que —de haber sido valientemente aplicada por él— hubiera sido todo un programa de apertura y desarrollo religioso de la Iglesia, abriéndose al mundo nuevo de la cultura contemporánea y a una nueva sociedad vislumbrada por los hombres inquietos.

O cuando en Roma, recién cogidas las riendas de su Iglesia, se dirigía en 1963 a los seglares católicos proclamando "las bonda-

des de los grandes principios de la Revolución francesa", inspirados, según él, en el cristianismo. Viendo dentro de la Iglesia a la jerarquía como una sincera promotora de seglares católicos libres y decididos con presencia

activa en la misma, atreviéndose a decir que era "la hora del laicado". Y pidiendo pocos meses después que en la Iglesia se fomentasen "hombres positivos, insertos en las realidades terrenas, hombres verdaderos, modernos y aguerridos", que no sólo renovasen el mundo profano, sino también el obsoleto de la ética clerical para uso de confesores, solicitando que se tuviesen en cuenta "las enseñanzas sistemáticas y científicas del seglar" para enfocar "los nuevos problemas", de modo que ya no fuesen "tratados empíricamente al modo de los antiguos manuales".

Todavía se apreciaba esta llama abierta en 1967 cuando publicó —aunque ya con temerosas correcciones inspiradas por los integristas de la Curia romana— la encíclica denominada "El desarrollo de los pueblos", esmaltada de atisbos de profunda transformación social renovadora.

Su pronto declinar

Esto no iba a durar mucho. Pronto empezaron las vacilaciones "hamletianas" predichas por Juan XXIII a Montini antes de ser Papa. Así llegó a decir fra-

ses increíbles de corte apocalíptico, hablando del "humo de Satanás" en el interior de la Iglesia, y a poner "peros" a todo lo abierto que se intentaba frecuentemente en lo intelectual o en lo apostólico, adoptando un tono clericalmente meloso y vacilantemente temeroso en muchos de sus discursos.

Aunque propició los avances del Concilio, frenó, sin quizá darse cuenta, su pleno y coherente desarrollo. El fue quien estableció que los obispos y cardenales se jubilasen al llegar a una prudente edad; pero nunca se decidió él mismo —a pesar de lo cansado y enfermo que estaba— a aceptar esta decisión para él, como hizo en el siglo XIII su predecesor el Papa Celestino V, quien tuvo el rasgo —único en la historia de la Iglesia católica— de dimitir cuando creyó que no podía llevar la carga de la herencia de San Pedro, y por eso fue canonizado, figurando en la lista de los santos católicos.

Ha muerto un Papa que pudo ser el Papa de nuestro tiempo, y que por falta de carácter para su universal responsabilidad —aunque no le faltó buena voluntad— no llegó a serlo en la mayor y más decisiva parte de su pontificado. ■ E. M. M.

¿Quién sucederá a Pablo VI?

HACE varios meses, diversos especialistas en temas vaticanos, coincidentes en su orientación abierta, señalaban a monseñor Pironio como el más adecuado y suficientemente probable. Es un argentino con gran experiencia de los problemas pastorales del mundo moderno, realista y conocedor de los intrincados recovecos del mundo vaticano. Quizá él pudiera ser el que acogiera los votos de muchos cardenales extranjeros y algunos italianos.

Pero también se habla de monseñor Baggio, muy cercano al Opus Dei. De monseñor Pignedoli o de monseñor Poletti. Y no faltan quienes hablan del muy amigo de Pablo VI, monseñor Benelli, conocido por sus ideas antifranquistas cuando se encontraba en España, pero demasiado autocrático en la manera de dirigir cuando estaba en la curia romana y un tenaz antimarxista.

Las cualidades que debería tener el próximo Papa serían: 1) un gobernante que conociera los

métodos modernos de organización de empresas y desmantelase la exagerada burocratización vaticana, dirigiendo a la Iglesia por objetivos evangélicos y por criterios democráticos eficaces. 2) Un valiente revolucionario que de forma no violenta sepa fomentar una nueva expresión para el dogma católico demasiado unido a una cultura anticuada, y que acepte desde la supresión de los tribunales eclesiales hasta la planificación familiar responsable. 3) Un hombre sencillo que sepa vivir como los demás hombres, y dejar el Vaticano como un monumento artístico para la contemplación de todo el mundo y no para vivir el nuevo Papa en él. 4) Un sacerdote que sepa conservar y difundir una religiosidad profunda sin tanta atadura a los medios técnicos, tomando ejemplo de la experiencia tan positiva del apostolado del monasterio protestante, pero ecuménico, de Taizé.

Y, desde luego, que no fuese italiano. ■ E. M. M.